



ILMO. SR. DR. D. JOSÉ MARIA PORTUGAL,
OBISPO DE SINALOA.

ILMO. SR. DR.

FRAY JOSE MARIA PORTUGAL

OBISPO DE SINALOA

HAY séres que nacieron predestinados para la vida eclesiástica; espíritus sublimes que vienen á la tierra dotados por el Omnipotente, para hacer comprender á los demás su verdadera misión y encaminarlos á un mundo desconocido por aquellos que, apartándose completamente del sendero que les condujo á este valle de lágrimas, se pierden en la encrucijada de los vicios y de las pasiones.

La Sabiduría Infinita pone en esos hombres privilegiados todas sus predilecciones, y son otras tantas inteligencias fecundísimas, otros tantos talentos que figuran y se distinguen en la historia de la Iglesia.

Uno de esos séres benditos es el Ilmo. Señor D. José María Portugal, quien nació en la ciudad de México en 1839, siendo hijo de la bondadosa señora

Doña Dolores Cervantes y del caballeroso y cumplido Sr. D. Luis Portugal, digno hermano del Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Cayetano Portugal, Prelado ilustre cuyo nombre se venera aún en los anales de la historia contemporánea de la Iglesia mexicana. Recibió la educación primaria en Guadalajara, población donde igualmente se educó su muy ilustre tío, y la concluyó á los diez años de edad, pasando á hacer sus estudios superiores al Seminario Conciliar que á la sazón dirigia el sabio Dr. D. Agustín de la Rosa, Canónigo honorario de la Catedral del Estado.

En el referido Colegio cursó las materias principales, con notable aprovechamiento, mereciendo un lugar preferente por su talento é inteligencia.

Lucida á la verdad es la carrera del Sr. D. José María Portugal, porque tiene rasgos preponderantes que no se notan en la vida escolar de muchos sacerdotes. Siempre estudioso, siempre sediento de saber más, se veía al Sr. Portugal conquistando nuevos triunfos en aquella época, la más florida sin duda de su vida.

Tan insigne Prelado, á quien mucho debe ya la Iglesia mexicana, heredó el talento de sus antepasados, pues pertenece, como ya lo dijimos, á la ilustre familia del señor Obispo que fué de Michoacán, el Ilmo. Sr. D. Cayetano Portugal, quien tuvo hechos prominentes y rasgos brillantísimos para la diócesis que con tanto acierto gobernó. La memoria del Ilmo. Sr. D. Juan Cayetano Portugal vivirá siempre en el corazón de los nobles hijos de Michoacán.

Desde sus más tiernos años dió á conocer el Sr. D.

José María Portugal lo que habia de ser más tarde. Su carácter humilde y moderado, su excesiva modestia, y más que todo, el amor á la soledad y al recogimiento, revelaba que habia nacido para la vida tranquila del claustro.

Adolescente aún ingresó al noviciado de la Orden Seráfica de los Menores de San Francisco, en el Apostólico Colegio de Santa María de Zapopan.

Todas las pruebas durísimas por las cuales, segun los estatutos de la Orden, tenian que pasar los novicios, fueron cumplidas por el Sr. Portugal con una abnegación admirable.

Modelo de virtudes y siempre observando fielmente las reglas del Colegio, obedeciendo ciegamente á sus superiores y manteniendo con sus iguales una familiaridad, nunca fuera del respeto y las consideraciones, el Sr. Portugal logró conquistarse la estimación de los unos y las consideraciones de los otros.

Comenzaba el tiempo prefijado para que nuestro biografiado profesara, y aquella vocación decidida, aquel santo apego á las prácticas religiosas iban cada dia en aumento, siendo el novicio más fervoroso y más constante.

Llegó por fin el dia en que aquel hijo de San Francisco tomara el hábito. Jamás mayor satisfacción se habia notado en el semblante de aquel hombre que veía realizadas todas las aspiraciones de su vida.

El recuerdo más indelible y grato dejó en el alma del Sr. Portugal, aquel dia en que profesó y fué ordenado sacerdote.

Tras tantos años de ambicionar ser Ministro de Je-

sucristo y formar parte de los fieles servidores de la Iglesia, llegaba por fin al ideal, puede decirse, que habia soñado.

La Orden Seráfica de los Menores de San Francisco, aquella santa agrupación que por algunos años tuviera en su seno al Sr. Portugal, proporcionándole la instrucción sólida y vasta que adquirió, y todas las virtudes que deja en el alma la vida monástica, tuvo la alta honra y la más inmensa satisfacción de tenerle más tarde como Comisario general en la Nación Mexicana.

La ciudad de Guadalajara ganó mucho moralmente cuando ejerció allí Fray José María Portugal la cura de almas, dejando por todas partes un nuevo testimonio de tantos privilegios como el cielo quiso concederle.

Vacante la silla episcopal de Culiacán por la nunca bien sentida muerte del Ilmo. Sr. Uriarte, fué nombrado Obispo de ella por Breve de S. S. León XIII. En la Catedral de Guadalajara recibió el día 8 de Diciembre de 1888 la consagración episcopal, de manos del Ilmo. Sr. Loza y Pardavé.

Pocos días después vino á México con una comisión importante en asuntos teológicos, comisión que desempeñó satisfactoriamente, dando una prueba más de su profunda instrucción en materia tan delicada y árdua.

Se captó por entonces muchas simpatías entre sus paisanos y se hizo querer de cuantos le trataron durante el tiempo que permaneció en la Capital de la

República, recibiendo las felicitaciones de sus numerosos admiradores.

El Prelado que se habia formado en una Orden como á la que perteneció, ha sabido regir perfectamente los destinos de la Iglesia de Culiacán, adunando á un carácter afable y prudente una inflexibilidad propia de un sacerdote digno y celoso de todo aquello que entraña el bien de la Iglesia.

La casualidad ha hecho que llegue á nuestras manos, en estos momentos, un articulito que insertamos porque hace honor á nuestro biografiado y porque patentiza los justos y merecidos elogios que de él hemos hecho:

“En el presente escrito, hecho de mi puño y calzado con mi firma, es mi entera voluntad cumplir con un deber imperioso de conciencia.

“Habiendo yo escrito y publicado el Alcance al número 1,296 de “El Correo de la Tarde,” en que se injuria y calumnia al Ilmo. Sr. Obispo de Sinaloa, vistas las cosas con más calma y examinadas con más detenimiento, he venido á conocer que he errado el camino, y que debo más bien hacer, y en el acto lo hago, una retractación expresa y formal de todas y cada una de las injurias que en dicho Alcance se hacen al Ilmo. y Rmo. Prelado, y de un modo especial, de las injurias y reproches graves que se le prodigan en el mismo; y lo hago con la mayor sinceridad y recta intención que debo. Sólo hago notar que no soy autor de nada de lo que en dicho Alcance se refiere á mi persona.

“Es propio del hombre caer en error; mas es pro-

pio del cristiano, conocido el error, abjurarle y detestarlo. Siguiendo tan excelente máxima, hoy que he conocido mi error, lo abjuro y declaro que erré. Y por las injurias y calumnias hechas en tal virtud, pido humildemente perdón á S. S. I., á mis hermanos en el sacerdocio y á todos los fieles que haya escandalizado. Bendigo la hora en que me ha alumbrado la luz de lo alto. Escribo esta satisfacción, esperando el perdón de mi Ilmo. y Rmo. Prelado y de mis hermanos.

“Publico por conciencia y de toda mi voluntad esta retractación; y si por ello ó por mis faltas merezco el desprecio, si todos ponen la planta en mi cuello, diré: éste es mi lugar, ésto merezco: lo que quiero es salvar mi alma; lo demás poco importa.

“Cosalá, Febrero 26 de 1892.—*Saturnino Campoy.*”

“Copiado de “El Correo de la Tarde,” de Mazatlán, número 2,041, correspondiente al 11 de Marzo de 1892.—Culiacán, Marzo 17 de 1892.”

Hasta la calumnia misma no puede infiltrar el activo veneno que siempre deja tan feo vicio en el corazón de los que en algun día fueron enemigos de nuestro ilustre biografiado, pues apenas se pretende ofender su dignidad con la mentira, cuando se imponen la verdad y la justicia.

Todos los descendientes del insigne Prelado, cuyo nombre honra y da gloria á la Iglesia mexicana, deben sentirse orgullosos de llevar tan ilustre apellido, el cual figura, no sólo en la historia eclesiástica, sino en la de la patria, las letras y las ciencias.



ILMO. SR. DR. D. BUENAVENTURA PORTILLO Y TEJADA,
OBISPO DE ZACATECAS.

ILMO. SR. DR.

DON BUENAVENTURA PORTILLO

OBISPO DE ZACATECAS

ILUSTRE hijo de la Orden de San Francisco, siempre se ha distinguido por su vida arreglada y virtuosa, siguiendo el ejemplo del Santo y observando fielmente las reglas de la Congregación á que pertenece. La caridad cristiana, el celo piadoso y el amor inmenso á sus hermanos, son las bellas cualidades que recomiendan al Prelado que hoy gobierna la Iglesia zacatena.

Despojado el espíritu de este hombre, de todo lo que con la materia se relaciona; absorto verdaderamente en las cosas divinas, desprecia lo terreno, fija siempre en su Criador, y si lleva la vista al mundo, es sólo para impartir con los demás un germen de amor y para buscar en la naturaleza las manifestaciones de la existencia de un Dios Omnipotente.

Cada acto de la vida de este Ministro de la Iglesia

revela un nuevo privilegio del Altísimo, y no hay un solo hecho de los que constituyen su historia como eclesiástico, que no le acredite como uno de los más notables Prelados de este siglo.

Lleva su abnegación cristiana hasta el sacrificio, y no hay un solo hombre que le trate íntimamente, que no quede prendado de sus cualidades personales y de las virtudes que le adornan.

Cada acto de la vida de nuestro biografiado es un paso más dado en el sendero del perfeccionamiento moral, y bien puede decirse con justicia que entre los Prelados que hoy rigen á la Iglesia mexicana, el Sr. Obispo de Zacatecas es uno de los más notables por su dedicación absoluta en todo lo que con su alta misión se relaciona.

Moisés guiando al pueblo judáico por el desierto, hasta conducirlo á la tierra de promisión, siempre cuidándolo con esmero, atendiendo á todas sus necesidades, siempre asistido del auxilio del Señor, es la figura que representa á cada uno de los Pastores de la Iglesia, que sacando á su pueblo del Egipto de la corrupción y de los vicios, salvándolo de los Faraones, es decir, de los descreídos, lo guían por el penoso desierto de la vida, fortaleciendo su fe, inflamando su caridad y sosteniéndolo en esa peregrinación, hasta conducirlo á la tierra prometida que el Señor le tiene destinada.

Así cumpliendo con su augusta misión el Ilmo. Sr. Portillo ha sabido y sabrá llevar á sus diocesanos por el sendero que conduce á la felicidad eterna.

Nació el Sr. Portillo en el rancho de San Antonio,

parroquia de Teocaltiche, el día 8 de Mayo de 1827, siendo hijo del Sr. D. Julián Portillo y de Doña Jesus Tejada, y cuando apenas contaba 6 años de edad, fué llevado, para educarse é instruirse, bajo la sábia dirección del Sr. Presbítero D. Estanislao Tejada, al pueblo de la Encarnación. Continuó sus estudios eclesiásticos en el Seminario Conciliar de Guadalajara, y en 1847 recibió en la Universidad el grado de Bachiller.

Vasta y sólida era ya la instrucción adquirida por el Sr. Portillo, y no obstante ingresó como alumno al Colegio de Zapopan, donde enriqueció más los profundos conocimientos que ya tenía.

Sed insaciable de instruirse devoraba al Sr. Portillo, y á medida que más instrucción alcanzaba, mayor era su empeño por saber.

A esto y á las dotes con que el Sér Supremo le privilegiara, ha debido nuestro biografiado regir acertadamente, como lo hace, los destinos eclesiásticos de su diócesis, de la cual se halla al frente.

El día 8 de Septiembre de 1850, fecha memorable para el Sr. Portillo, porque en ella conmemora la Iglesia el natalicio de la Inmaculada Concepción de María Santísima, en ese día recibió las órdenes sagradas de manos del Ilmo. Sr. D. Diego de Aranda.

La hermosa Flor de Jericó, la que guarda entre sus delicadas hojas los perfumes del Líbano y se mece allá en el Paraíso impulsada por las brisas celestiales; la Reina de los ángeles y de las vírgenes, que desde el trono del Señor imparte sus mercedes y sus gracias, como depositaria de todas las misericordias,

otorgaba en aquel día solemne, al nuevo sacerdote, los dones preciosísimos para que ejerciera dignamente el augusto ministerio para el que su Hijo le había elegido.

Así comenzó á demostrarlo en los primeros cargos que desempeñó con tanto acierto y éxito, hasta el año de 1860 en que fué nombrado Cura de Ojuelos, donde permaneció algunos años, siendo esclavo fiel de su deber. Todos los feligreses que recibían de él innumerables bienes, lamentaron su separación de aquel Curato, donde todavía á la presente se le recuerda con verdadero cariño.

Habiendo dejado aquella parroquia, pasó á ocupar varios puestos de importancia en el Colegio de Zapopan, allí donde vivían los recuerdos de los últimos años de sus estudios.

En 1869 fué propuesto para Obispo de Sonora, y al siguiente año marchó á Roma con el carácter de definidor de su Provincia.

Su permanencia en la ciudad Pontificia no envaneció en nada al modesto y humilde sacerdote, y cuando regresó de Roma sólo traía la íntima satisfacción de haber visitado aquel privilegiado país que guarda los hechos más sublimes de la Religión Católica en la época de su renacimiento.

Las ruinas del vetusto Coliseo, allí donde se apagaba la existencia de tantos mártires, en las épocas aciagas de los emperadores tiranos; aquellos sitios que presenciaron la persecución sin tregua al Cristianismo y á la fe; aquel cielo que se dilata, como cubriendo los lugares donde aún queda el sello de

la creencia impresa con la sangre de los verdaderos creyentes, y por último las ruinas de las Catacumbas que parecen conservarse á pesar del tiempo que todo lo destruye y todo lo aniquila, todo ese conjunto infundió en el ánimo del Sr. Portillo nuevo aliento para la lucha por la Religión Católica que tantos mártires cuenta.

A la muerte del Sr. Cortina ocupó el puesto de Comisario general de la Orden, cargo en que se distinguió mucho por su carácter amable á la vez que rígido en el cumplimiento del deber, por su probidad sin límites y por su amor á la Orden.

En todo el tiempo que fungió como Comisario, marchó la Orden perfectamente, y si se extrañaba la presencia del Sr. Cortina, era por el profundo cariño que había sabido inspirar, mas no porque todo lo relativo al cargo que ocupara el Sr. Portillo no estuviese perfectamente arreglado.

En todos los cargos que tuvo el sacerdote de que tratamos, siempre se distinguió por su laboriosidad y empeño, méritos que le valieron para ocupar el puesto distinguido que hoy ocupa, con beneplácito de todo México.

En 9 de Mayo de 1880 fué preconizado Obispo de Tricalia, *in partibus infidelium*, y nombrado Vicario Apostólico de la Baja California.

Recibidas las bulas el 26 de Abril, fué consagrado en 29 de Junio del mismo año, por el Ilmo. Sr. Loza, asistido del Ilmo. Sr. D. Eduardo Sanchez, Obispo de Tamaulipas. La consagración se verificó en la Catedral de Guadalajara.

Habiendo tomado posesión del Vicariato, trabajó

mucho por la regeneración de él, y durante el tiempo que desempeñó tan importante cargo, se consagró á colocar dicho Vicariato á la altura de progreso moral en que hoy se encuentra.

Un año despues, es decir, en 1881, fué trasladado del Vicariato á la Iglesia de Chilapa, para ocupar la vacante que dejó el Ilmo. Sr. Barón, quien pasó á la diócesis leonesa.

Realizada la Peregrinación Mexicana á Roma, el Ilmo. Sr. Portillo volvió á la Ciudad Eterna al frente de aquella peregrinación, siendo uno de los que con más empeño trabajaron por llevar á cabo tal empresa. La segunda visita á la ciudad de los Césares proporcionó al Ilmo. Sr. Portillo nuevos méritos y nuevos honores, siendo recibido en Roma con bastante entusiasmo.

Cuando regresó á México, donde se lamentaba su ausencia, fué igualmente recibido con muestras marcadas de júbilo, tanto por sus numerosos amigos, cuanto por todos sus feligreses, quienes han tenido siempre en el Ilmo. Sr. Portillo un Prelado digno de todo cariño y respeto.

En 1889 fué trasladado á la silla episcopal de Zacatecas, vacante por la muerte del Ilmo. Sr. D. José María del Refugio Guerra.

El Ilmo. Sr. D. Buenaventura Portillo, en quien las virtudes monásticas resplandecen, es de los más notables Obispos de la Iglesia mexicana. Su modestia, la sencillez ingénita de su carácter y costumbres, y su humildad, le presentan como tipo de todas las cualidades morales que adornaron al seráfico Padre San Francisco.



ILMO. SR. DR. D. IGNACIO MONTES DE OCA,
OBISPO DE SAN LUIS POTOSÍ.